

—¡Ester, querida Ester!
Al verlo, lanzó un grito la enferma, y, presa de intensa emoción, incorporóse en la cama, diciendo:

—¡Mario!
Frenético, olvidándolo todo en aquellos momentos, éste la tomó en sus brazos y, estrechándola contra su corazón, depositó en sus labios un beso de inmenso amor y de dolor supremo. Pero al sentir aquel beso, la desgraciada criatura dió un gemido y desplomóse inerte entre los brazos de Mario.

En aquel beso le había dado al hombre, tan dolorosamente amado, su alma purísima, que en aquellos momentos, libre ya de la cárcel de su envoltura carnal, se remontaba hacia la divina mansión de los mártires.

Aterrada y muda, asistió Silvia a la rápida e inesperada escena, dándose cuenta en aquellos instantes del íntimo y desolador drama que junto a ella se había desarrollado, sin haberlo adivinado nunca.

Cayendo de rodillas, se apoderó de una de las frías manecitas de Ester, cubriéndola de besos delirantes, entre convulsivos sollozos. Y dirigiendo a Mario, con ojos enrojecidos por el llanto, una mirada en la que se confundía el supremo dolor de la madre con la indefinible agonía de la mujer que ve derrumbarse a su alrededor todas las ilusiones que su alma forjara, exclamó:

—¡El calvario de Ester ha terminado, Mario! ¡Ahora empieza el mío!

LEONOR MARTINEZ DE CERVERA



Rosario Pruenco

Rosario Pruenca

Rosario Pruenca es muy joven todavía, una niña casi. Por eso no puede tener aun historia literaria.

Sin embargo, su firma es bastante conocida de las mujeres que leen en España, por haber colaborado con asiduidad en las «Páginas Femeninas» de «Las Noticias» y «El Diluvio».

También ha colaborado Rosario Pruenca en el «magazine» «Lecturas» y en la revista «El Imán», siendo sus crónicas y cuentos unánimemente elogiados.

Tiene un estilo suelto, fluido, lleno de vida y de observación. Parece mentira que su juventud sea tan pródiga en experiencia.

Rosario Pruenca no tiene el empaque de la intelectual al uso ni la rigidez de la feminista exaltada. Es tan femenina en la vida como se deja traslucir de sus obras.

Es bella, joven, animosa y optimista. La vida se le ofrece sin obstáculos y por eso flota en torno a su literatura esa serenidad sonriente que la hace alada como un suspiro.

LA DAMA DE LA CRUZ ROJA, que hoy ofrecemos a nuestros lectores, es una bella muestra de lo que esta joven escritora es capaz de hacer. Su obra tiene una plenitud, una razón, que ya quisieran para sí muchas consagradas.

En España, país donde no florecen con tanta abundancia como sería de desear las escritoras, Rosario Pruenca es una esperanza muy optimista. Su nombre conseguirá, a no tardar mucho, la alta jerarquía a que es acreedor.

La Dama de la Cruz Roja

I

—Señora condesa, ya llegan.

Y el que así hablaba, permanecía con la gorra en la mano, cerca de la puerta, esperando que la dama la traspasase para salir él a ayudar a conducir heridos a los lechos simétricamente repartidos por las habitaciones del antiguo palacio, hoy convertido en refugio de seres enfermos o abatidos por la metralla enemiga.

Pero la dama no se movía; permanecía en medio de la habitación tal como la había sorprendido la voz del criado. Sólo en un maquinal movimiento había llevado una mano al corazón, como para contener desbordantes e irreprimibles latidos.

La sorpresa que leyó en el rostro del criado galvanizóla y tuvo fuerzas para despegar los pies del suelo, donde parecían haber echado raíces por la emoción sufrida, sin embargo el estar preparada hacía días para soportarla.

Pasó rápida y su rostro dulcificóse al atravesar frente a unas camas ocupadas por los heridos de otra expedición, a los que mandó una suave sonrisa. Ellos, agradecidos, siguiéronla con los ojos hasta que la vieron desaparecer.

Las enfermeras y las Hermanas de la Caridad estaban frente a la soberbia entrada, donde ya esperaban algunos médicos y los criados de la casa, junto con varios aldeanos que se habían ofrecido para llevar a los heridos que lo necesitasen en brazos hasta el lecho.

Subieron los vehículos de Sanidad por el paseo de

álamos que conducía a la escalinata, y los heridos más leves fueron los primeros que pasaron frente a la dama, que, como siempre, no podía reprimir la angustia que le causaba ver a los pobres muchachos incapaces de valerse por sí mismos, que sonreían con extraño gesto de infantilidad, mostrando la blancura de los dientes, que hacía resaltar más la tez oscurecida por el sol africano. Algunos demostraban francamente su alegría de haber escapado del peligro, que podía haber sido mortal; otros, si bien no cesaban de sonreír, se les notaba cierta tristeza; quizá la rememoranza de lo que habían creído estar a punto de perder y que veían comprometido aún.

Empezaron a salir camillas. Eran los heridos que su estado recababa más precauciones. Iban cubiertos con mantas, excepto el rostro, y casi todos tenían los ojos abiertos. De éstos, pocos sonreían.

A pesar de sus esfuerzos la dama palideció mortalmente. Subían otra camilla y su ocupante llevaba los ojos vendados. Pasó como los otros por delante de ella y al momento un médico se hizo cargo del herido.

Permaneció la dama en su puesto y, cuando acabó la expedición de la triste mercancía, confundióse entre los enfermeros, las monjas y los criados, y fué una más a ayudar en la obra de misericordia.

Y cuando cada enfermo o herido ocupó su cama, sin dejar de sonreír, tristísima en su interior, dirigióse al lugar que estaba el herido de los ojos vendados, que ocupaba él solo una habitación cerca de la sala de operaciones, y penetró en ella como una sombra.

Cerca del lecho estaba el médico, un anciano de albo cabello. Una enfermera envolvía un brazo del herido desde el codo hasta la muñeca; la mano había desaparecido.

La joven dama quedó con los dedos engarfiados en la cama, mirando con ojos desorbitados el mutilado apén-dice. Ignoraba aquella herida; sólo habíanla enterado de la de la cabeza, que interesaba la vista.

—Sin mano y quizás ciego—pensó con espanto.

Extraños rumores penetraron en sus oídos y sintió que caía hacia atrás.

Pero en vez del rudo golpe que en medio del torbellino de su mente esperaba, sintió la impresión de un cuerpo blando y oyó la voz del viejo médico:

—¡Regina, Regina! ¡Te suponía más valor; te creía más templada!

Y la voz del viejo amigo hízola reaccionar al recordarle sus anteriores dolores. ¿Iba a desmayar ahora?

Pero la emoción era demasiado intensa, y comprendiéndolo así el doctor, arrastró a la joven hacia la inmediata habitación, llevándola junto a una ventana, que abrió de par en par.

Dejóse conducir dócilmente Regina y sus ojos vagaron inexpressivos por los instrumentos de cirugía que la luna hacía lucir con metálicos reflejos.

Un pensamiento punzante devolvió la facultad de coordinar, y sus ojos, que no se desviaban de los objetos de tortura, adquirieron expresión de terror.

—¡Oh, doctor, doctor! ¡Sus ojos, Dios mío!

Y gimió desolada, apoyando el abatido busto en el pecho del antiguo y fiel amigo. Y en el cuadrado que el claro de luna reflejaba en el suelo, permanecieron algunos momentos unidas la juvenil cabeza de la dama y la anciana del caballero, que depositó un paternal beso en la frente de la dolorida.

—Regina, ahora comprendo tu abatimiento, pero es necesario que desde este instante te impongas la firme voluntad de no desfallecer. Por ti y por él, hija mía.

—Sí, doctor—exclamó enjugándose las lágrimas que rielaron al descender por su rostro;—ahora es necesario que crea en mí. ¡Va a ser tan desgraciado!

Y las palabras salieron en partículas, rotas de sus labios trémulos.

—Yo me voy—dijo el doctor;—tú quédate, y cuando comprendas que has recobrado la firmeza que te ha ayudado a soportar tu calvario, tu pequeño calvario—dijo con expresión de ternura,—¡vuelve!

II

No tardó mucho en reaccionar la dama. El temple de su alma, forjada en el dolor durante los cinco años transcurridos, no era de los que se quiebran por más

que se doblen. En aquella hora de agudo dolor, en que veía comprometida la vida del hombre al que debía las horas más felices de su existencia, pasado el primer momento de loco sobresalto, sentía renacer en ella una extraordinaria energía. Lucharía con toda el alma; no cedería un paso sin agotar todos los medios de resistencia. Defendería enérgicamente de la muerte al que no supo evitar se lo arrebatara la vida con sus exigencias.

Permanecía Regina apoyada en la ventana, ajena a la belleza de la noche. La luna iluminaba suavemente la silenciosa mansión; oasis en el que los maltrechos soldados recobraban salud y energías para emprender de nuevo la lucha. La claridad sideral hacía resaltar fantásticamente la foscía de los umbríos paseos; oíase caer en la gran taza el agua del surtidor. Sólo de vez en cuando uníase al rumor de la brisa, al pasar entre el follaje, el estridente grito de algún pavo real; que en las horas de sol se veían acariciados por los convalecientes.

La dama se estremeció como si sus nervios hubiesen vibrado al unísono y llevóse una mano a la frente, que ardía, y la frialdad de su palma, penetrando a través del cendal, prestóle consuelo.

¿La reconocería el herido y se negaría a tomar nada de manos de la mujer... a la que debía su invalidez?

Sollozó la dama, angustiada al sospechar que su pensamiento se transformara en realidad. Y en la augusta soledad que la rodeaba, transida por el fervor de la plegaria que del corazón subía a los labios, levantó los ojos hacia el estrellado firmamento. Cristiana e idólatra, ofrendábase a Dios, si Él necesitaba un alma, una vida por otra, la suya por la del amado. Y en ardiente súplica pidió por las dos vidas: la concesión de verse unida al hombre que jamás dejara de amar.

Enjugóse rápidamente las lágrimas y su rostro tomó la expresión habitual que la caracterizaba en una suave sonrisa de ternura para todos los que la rodeaban. Renacía la paz en su alma, y procurando acallar la turbulencia de su corazón, penetró en el cuarto del herido.

Volvía a ser la mujer firme, ennoblecida por las dos fajas rojas que se cruzaban sobre su frente; emblema de la santa misión confiada a su ternura de mujer.

La enfermera subió el embozo hasta la barbilla del

herido, que se removió ligeramente. El médico aun permanecía cerca de él.

Regina acercóse y clavó sus ojos en la parte del rostro que la venda no cubría. Si no hubiese sabido la personalidad del paciente, jamás hubiese podido adivinar en aquel pobre inválido al hombre varonilmente hermoso que habíala llenado de dulces emociones.

Vínole a la memoria el pensamiento que la asaltaba a menudo en las horas de ensueños—ensueños que habíanle llegado a ocupar todas las horas,—de sentirse estrechar entre los brazos protectores de él; de reclinar la cabeza en el pecho fornido, como quien se cobija en un refugio seguro, inexpugnable, y ahora...

Se estremeció. El herido hablaba.

—Tengo sed—murmuró.

La enfermera acercó solícita un vaso a los secos labios del herido, que bebió ávidamente, retirándose de la boca medio lleno.

—¡Más! Tenga la bondad de dejarme beber más.

Intervino el médico:

—Ahora no es posible. Ha bebido usted lo suficiente.

—Es que tengo mucha sed, señor doctor. No me equivoco, ¿verdad? ¿Es usted el médico?—dijo sonriendo el herido.

Regina asistía a la escena con inmovilidad de estatua, pero cuando oyó pedir al herido que le dejaran beber más, fué a coger el vaso de manos de la enfermera para satisfacer el anhelo de aquella boca amada; pero el médico habíala detenido con un rápido movimiento, mirándola con sorpresa casi severa.

—Sí, señor; soy el médico; por eso privo a usted de satisfacer lo que cree una necesidad imperiosa y cuya satisfacción no le haría ningún provecho. Ahora tendrá usted que sufrir un poco; luego la sed le pasará con el preparado que le suministrarán.

—Bien, me resigno... forzosamente. Oiga, señor doctor...

—Tiene que resignarse también a callar—interrumpió el médico afectuosamente.—Es necesario que mañana esté completamente tranquilo para la operación. Su estado me satisface, pero usted tiene que ayudarme, amigo. Y ahora, a descansar. Si necesita algo, tendrá a su lado la enfermera.

—¿Cómo se llama?—interrogó el herido.

—No será siempre la misma. Ahora puede nombrarla por Matilde. Mañana—y miró a la joven dama, de la que no había hecho caso de su muda súplica—a la que le tocará el turno se llama Clara—dijo dando el segundo nombre de la joven.

—Gracias; procuraré no serles molesto en lo que pueda; pero va a ser más de lo que yo quisiera—dijo el herido sonriendo con tristeza.

—Bien, bien; a descansar, amigo mío. Hasta mañana.

Y el médico, cogiendo a Regina, que no podía apartar los ojos de la vendada cabeza, sacóla de la habitación.

Una vez fuera, el médico encaróse con la joven.

—Mi deseo era que te hubieses quedado tú. Hubiese preferido que le hubieses tomado bajo tu cuidado desde el primer momento; pero no ha sido posible—dijo medio amonestándola.—Confío mucho que la parte moral ayude a la material, pues es necesario en este hombre, que es de los que sonríen aun ante las puertas de la muerte, no queriendo demostrar o dar a entender el mal que los mata. Es más grave su dolencia del alma que la del cuerpo, Regina, y es necesario combatir las dos a un tiempo. Si falla la ciencia, hija mía, si me veo en la impotencia de conservar la vista, su vida depende de ti.

Calló un momento y añadió:

—Ya viste lo poco que la apreciaba al entrar de legionario cuando el desastre. Es de los que les repugna quitarse la vida por su propia mano, pero ahora no sé lo que haría. Los tres años de continuos viajes que terminaron con su ingreso en el Tercio, demuestran la inutilidad de sus esfuerzos para olvidarte o dar otro rumbo a su vida.

Regina empezó a sollozar silenciosamente.

—No llores, hija mía; lucha y reza para que ahora que os podéis recobrar mutuamente, no se interponga su desesperación primero y luego su amor propio de inválido, y se niegue a hacer suya la felicidad que tan caro le costó ansiarla y no poderla obtener.

—¿No confía usted en salvarle la vista, doctor?

—Tengo sobre esto los mejores auspicios, pero es ne-

cesario evitarle cualquier emoción. Mañana, antes de empezar, haremos la prueba para ver si reconoce tu voz. Si no sospecha nada, creo fácil que lo sometas a tu influjo y empiece la más difícil operación, quizás, pero que espero, sin embargo, tenga feliz término. Tengo plena confianza en la hábil operadora... cuando sea dueña de sí.

—¡Oh, sí, doctor! ¡Basta de desfallecimientos! No quiero volver a merecer su censura. Por él y por mí.

III

A la mañana siguiente fué el doctor en busca de Regina, y vióla animada, pero a su perspicacia no escapó la febrilidad de la joven.

Mientras se desayunaban en el departamento de la dama, preguntóle solícito cómo había pasado la noche.

—Bien, doctor; no esperaba pasarla tan bien. He dormido algunas horas; consiguiéndolo al pensar que era usted capaz de castigarme y no dejarme estar todavía al lado de Jorge.

—Así me gustas, mujer. ¿Por qué no comes?

—Ya lo hago—dijo llevándose la taza a los labios.

El doctor sacó el reloj.

—¿Estarás lista dentro de media hora?

—Sí, doctor—exclamó la joven con firmeza.

—Pues hasta luego, en el cuarto de Jorge.

Cuando marchó el doctor, levantóse Regina, abandonando el desayuno, y penetró en la alcoba. Y delante del espejo que reproducía su hermosa figura, escondió la blonda cabellera en el lienzo al que estaba fijo el emblema de santa misión.

¡Cuánto tiempo hacía que no se había mirado con tanta atención! ¿Notaría Jorge cuando recobrarse la vista, porque su corazón así se lo aseguraba en aquellos momentos, las huellas del dolor que su alma había sufrido? ¿Habría perdido su tez la lozanía de sus diez y nueve años en los cinco transcurridos de tormento?

El espejo guardaba en su fondo la figura de una mu-

jer que reconoció hermosísima. Casi estaba por creer que había ganado al convertirse en más mujer.

Pero de pronto vió pasar una nube sombría por la faz que poco antes sonreía en el espejo. La belleza era poco para subyugar al enamorado de las almas. Habíase deshecho violentamente el lazo espiritual que los uniera, ¿y podría ahora volver a enlazar las dos almas?

Sacudió la cabeza ahuyentando los penosos pensamientos y como escapando de sí misma corrió hacia la habitación del herido.

Este estaba despierto y hablaba con el doctor, que llevaba una inmaculada bata y mostraba los brazos hasta cerca del codo. La enfermera y dos ayudantes evolucionaban por la habitación contigua preparando los útiles.

Al entrar Regina, el médico posó los ojos en los de ella, al tiempo que le decía:

—¿Es usted, Clara, o la otra enfermera, la que tiene que asistir a la operación?

—Es la otra, doctor.

La voz había salido un poco desigual. El pecho de la mujer latía locamente.

—Bien; va a tener usted bajo sus cuidados a un nuevo huésped. Solamente que es de más cuidado que otros, pues dice que no quiere molestar a las enfermeras y tendrán ustedes que adivinarle los pensamientos.

—Ya se dará cuenta, así lo espero, de que no es molestia para nosotras las enfermeras satisfacer en lo que nos es posible aun los más pequeños deseos de nuestros pacientes.

La voz habíase afirmado mientras la joven hablaba y era natural en las últimas palabras.

—¡Oh, gracias...! ¿Señora, o señorita?...

—Señora—respondió Regina sin temor ya.

—Pues bien, señora, crea usted que no tendré reparo en mostrarme caprichoso como un niño mal educado al saber que son ustedes tan bondadosas.

El herido y el médico sonreían. Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Jamás había visto a Jorge bajo aquel aspecto de infantilidad. ¿Se esforzaba en disimular la agonía que sufren los que saben que están condenados a algo terrible? ¿Sería capaz de matarse aquel hombre que sonreía ahora como un niño?

—Señor doctor, todo está listo.

Los ayudantes acababan de entrar y se dirigían hacia el herido para trasladarlo a la sala de operaciones.

—¿Ya, doctor?—preguntó éste.

—Sí, amigo; va a echar un sueñecito, y cuando despierte habrá dado un gran paso hacia la curación.

No contestó nada Jorge a esta observación. Y mientras se hacían los preparativos para trasladarlo, y al aspirar cerca de sí el suavísimo perfume que emanaba de Regina, preguntó a ésta:

—Usted no es una profesional, ¿verdad, señora?

—No; soy dama de la Cruz Roja.

—Así, ¿cambiarán a menudo de enfermera los hospitalizados?

—No; pero cuando el cuidado del paciente lo exige, velamos, y entonces tenemos que turnarnos.

—Pero ¿son siempre las mismas?

—Sí; todas tenemos señalados los lechos de los enfermos que debemos cuidar.

—Me alegro, señora; no sabe usted lo que me atormentaba el pensamiento de que cada día tuviese que conocer una nueva voz.

Los dedos de la dama se hundieron en la almohada para resistir la tentación de alisar los ondulados y revueltos cabellos del joven.

Permaneció en la sala de operaciones, contemplando extendido como bajo un sudario el cuerpo de Jorge. Vió el estremecimiento que le sacudió al aplicarle el cloriformo; y salió rápida como huyendo de una visión infernal, la que no había desmayado hasta entonces en idénticos trances. Pero esta vez la ternura de amante vencía el alma fuerte de la mujer heroica.

Cerróse tras ella la puerta y la joven sentóse junto a la ventana, con la vista fija en la pared que la separaba de la habitación donde disponíase a luchar bravamente la ciencia contra un enemigo atrincherado tras la frente que ella hubiese deseado besar con fervor, uniéndola con su ósculo de ternura.

El destino había sido harto cruel con ella. La asiduidad de un hombre rico, la súplica de un padre que se hundía en la ruina, fué el peso que hizo caer la balanza con fuerza; quedando suspendidos en el otro platillo sus ilusiones, sus juramentos, su dicha y la del hombre amado.

Recordaba estremecida la última vez que hablara con Jorge. ¿Cómo pudieron adquirir sus ojos aquella expresión de desprecio y desolación a la par? Siempre que lo recordaba le atormentaba aquel aspecto de horrible desencanto que transfiguró su rostro como si hubiese visto transformarse en un ser de patraña su ídolo más querido. Tampoco olvidó jamás la sonrisa que acompañó a las palabras que salieron trémulas de sus labios en respuesta a su torpe explicación: «Deseo que seas feliz, Regina».

«Deseo que seas feliz». Jamás lo había sido. ¿Y cómo no pudo comprender él la desesperación que encerraban sus balbucientes palabras y los angustiosos esfuerzos que le costaba dominar su emoción para no dejarla traslucir a las indiferentes personas que pasaban junto a ellos siguiendo los acordes del último baile de moda?

Pasaba el tiempo; no sabía la joven si lenta o velozmente. ¿Habían transcurrido diez o treinta minutos desde que la puerta se cerró tras ella?

Acercóse a ella para escuchar y saber quizá a dónde llegaban de la operación. Reinaba profundo silencio, interrumpido tan sólo por las breves e ininteligibles órdenes del médico o el entrecuchar de instrumentos, que la alejaron.

Entonces se dió cuenta de que la cama estaba des- arreglada y se apresuró a ponerla en orden. Hízolo con excesivo cuidado, y al terminar quedó otra vez a merced de sus pensamientos.

¿Supo él de ella? Enteróse de que había partido para un largo viaje dos días después de la ruptura. Parecía que, como nuevo judío errante, le impeliese una desconocida fuerza a recorrer el mundo, pues siempre que supo de él durante los tres años que siguieron a su partida, había enormes distancias de un lugar a otro.

También supo algún tiempo después el ingreso de Jorge en el Tercio. Fué pocos meses después del derribo de la Comandancia de Melilla y de la desaparición de su marido.

Retiróse al palacio que poseía su padre en una provincia del sur y convirtiolo en hospital para los soldados de Africa. Y desde allí su pensamiento dividióse entre dos hombres: el desaparecido y el que luchaba. Poco tiempo después la toca de viuda enmarcaba su rostro,

que los dolores propios y ajenos habían llenado de dulce expresión.

Hablásele notificado que el coronel X... había sido hecho prisionero en el campo enemigo, donde murió. En la cartera del coronel que le entregaron, halló, junto con una carta suya, otra de una mujer.

No tuvo el más ligero reproche para el muerto, al que nunca amó, aunque siempre se esforzó en disimular su frialdad; pues su conciencia le reprochaba haber aceptado su nombre sin amor, y no lograba ser para ella un paliativo la causa a que obedeció, al juzgarse.

Volvió a darse cuenta de la realidad al oír unas voces. Levantóse al tiempo que se abría la puerta y penetraba el doctor en la habitación.

Precipitóse la joven a su encuentro y los ojos antes que la boca formularon la ardiente pregunta.

El rostro del médico era impenetrable y, cogiendo éste a la joven por los hombros, se limitó a decir:

—Muy bien la operación. Tengo grandes esperanzas.

Esta noticia, a pesar de su ambigüedad, prodújole un gran bien en medio de su congoja. Cerráronse felices sus ojos, llenándose de lágrimas de gratitud, que resbalaron suavemente por las pálidas mejillas, y antes de que el anciano hubiese tenido tiempo de evitarlo, sintió en una mano el roce blando y ardiente de los labios femeninos.

Y también sintió el anciano que se le humedecían las pupilas.

Entraron a Jorge, que permanecía bajo los efectos del anestésico, y lo colocaron cuidadosamente en la cama. Regina esta vez cuidóse de subir el embozo hasta la barbilla del herido.

Retiráronse los ayudantes y la enfermera. El médico dió las disposiciones referentes al operado y marchóse a ejercer su ministerio por las otras salas.

Quedáronse solos la dama y el herido. El, inconsciente; ella, combatida por la emoción del momento presente, por la esperanza de vencer, por el temor de ser vencida en su intento, por la loca alegría de tenerle tan cerca de ella y confiado a sus manos, y por la amenaza que pendía sobre la cabeza del amado.

Habíase acercado sin darse cuenta. Estaba inclinada hacia el herido, con las manos enlazadas sobre el pecho,

dejándose llevar por la dulce emoción que la embargaba. Sabía que en unas horas nadie vendría a interrumpir su embeleso, y se entregaba plenamente a él, avariciosa de aquel momento, que no se repetiría, de completo abandono por parte del herido.

Corrió una silla hasta juntarla con el lecho e instalóse en ella, apoyándose en la almohada, y su mano aristocrática acarició la vendada cabeza.

Sus ojos parecían atraídos por los que estaban ocultos tras la venda. Inclínose más hasta rozar con su aliento la cabeza del amado y sus labios acabaron por posarse blandamente sobre la venda, en donde creía adivinar los cerrados párpados.

Su delirio amoroso fué en aumento, y las caricias maternales cedieron el paso a las de amante, y subyugada, atraída irresistiblemente por la boca del joven, ganada también por el rictus de amargura que la plegaba, cedió al avasallador anhelo que la dominaba y posó fuertemente la boca sobre los labios del operado, que exhalaban todavía olor a cloroformo.

Pero la ardiente caricia despertóla bruscamente del éxtasis y levantóse igual que impelida por un resorte, como si hubiese sido sorprendida en una reprochable acción. Llevóse las manos al rostro enrojecido como si lo huyese de indiscretas miradas, y así se llegó a la ventana, y separando el visillo apoyó la encendida frente en el vidrio buscando su frialdad.

Cuando al cabo de un rato volvió junto al herido, su rostro no expresaba nada más que la mansedumbre de la mujer que puede imponerse sin grandes esfuerzos a sus pasiones. Hermosa expresión que le conquistaba todos los corazones y que le había valido el nombre con que la designaban los hospitalizados entre ellos y se sucedía de unos a otros. El nombre lo impuso un italiano del Tercio que casi murió en los brazos de la dama.

—Usted se parece a la madona de la iglesia de mi pueblo. Mi pobre madre debe rezar ante ella—dijole expresante.

Y aun para las almas más bravas y rudas, al llegar al remanso de paz, la condesa viuda de X... era la «Madona».

IV

Habían transcurrido varios días. Jorge sanaba e iba en vías de curación, si bien no se podía saber el resultado de la operación hasta pasados más días, en que le sería quitada la venda.

Regina pasaba muchísimas horas junto al herido y parecía que su presencia llevaba un rayo de contento que suavizaba el mudo dolor que se adivinaba en el joven.

Era en uno de los ratos que pasaban juntos los dos jóvenes.

—¿Le parece bien?

—¡Oh, muy bien, señora! No sé cómo poder pagarle tantas bondades.

—Ahora firmará usted; le pondré una carpeta encima de las rodillas y la mano junto donde debe empezar.

—No sé cómo debe salir mi firma con este artefacto que usted llama mano.

—En la prueba ha salido muy bien y poniendo igual cuidado conseguirá ahora lo mismo.

—Bonita manera de eliminar a un hombre, ¿verdad, señora?

—¿No le parece a usted, señor Medina, que era esto lo menos que podía usted esperar en el trance que se halló? Fué usted el único que se salvó de la emboscada. Otro hombre, en las circunstancias que quedó usted, se hubiese podido considerar eliminado, pero usted no; su reconocido talento intelectual está intacto.

Jorge reflexionó un momento y luego dijo:

—Entendiéndolo con estas miras, sí, señora. Además, aun hay esperanzas de que no sea tan cruel mi desgracia, pues, según dice el doctor, hay probabilidades de salvarme la vista. De aquí a quince días lo sabremos. Son muchos días de incertidumbre dos semanas de espera. Suerte de usted, señora.

—¿Suerte de mí?

—Sí. Los primeros días de ceguera fueron para mí horribles. Nunca, ni durante mi existencia por remotos

países, me había encontrado tan solo como cerca del río y en medio de mis compatriotas. No tengo familia cercana y el resto casi ignoraría mi existencia si no fuese por mi condición de escritor. Tampoco tenía amigos verdaderos a quienes recurrir en mi desamparo y llamarlos a mi lado. Verdaderamente, hasta entonces no caí en la cuenta de que mi todo era yo mismo. Ya ve usted, señora, que mi queja tiene fundamento. ¡Si pierdo todo lo que es más querido!

Las últimas palabras fueron directas al corazón de Regina.

Continuó Jorge:

—Pero estoy divagando y no le digo que al llegar a esta mansión me pareció estar rodeado de algo grato que defino por la bondad que emana de ustedes las mujeres; porque cuando son éstas buenas, no hay nada mejor.

Volvió a callar Jorge. Sin duda su pensamiento habíase detenido en el recuerdo de una mujer no considerada entre las buenas. Pasó su mano por la frente como quien quiere alejar un pensamiento doloroso o inoportuno, y siguió:

—Las breves palabras que crucé con usted antes de operarme, llevaron a mi alma una paz que hacía tiempo no sentía en medio del mundo indiferente. Creí tener un poco de derecho por mi desgracia a la ternura que usted, mujer de corazón, reparte entre los desgraciados, y sentía alivio al pensar que al menos había una persona a la que interesaba mi desventura.

—¿Sabe que me está usted lisonjeando, señor Medina —exclamó la joven luchando para imponerse a su emoción,— y que me obligará a darle las gracias?

Sonrió Jorge y dijo:

—Tiene usted un carácter delicioso, señora, y no extraña que el pobre inválido halle placer al charlar de sus cosas con usted. No me atrevería con nadie más. La otra enfermera es cariñosísima, pero no osaría portarme con ella como un niño grande, que dice usted que soy, por temor a que ella lo tomase literalmente y me diese alguna reprimenda.

—¿Quiere probar a firmar? —preguntó Regina clavando amorosamente los ojos en la riñete boca.

—Es verdad; a ver qué saldrá.

Puso Regina la pluma en el artefacto que a pesar de su perfección suplía muy torpemente el miembro perdido y Jorge firmó la carta que ella había escrito en contestación a la que le mandó su apoderado.

—¿Bien?

—Aun mejor que en la prueba. Se ha recibido otra carta que lleva el membrete de un editor.

—¿Quiere enterarme de su contenido? —suplicó el joven.

Leyóle Regina la carta, que era entre particular y comercial. Se interesaba el editor por sus heridas y hacía algunas referencias sobre su última novela *Almas que sufren*, basada sobre reales historias de compañeros suyos del Tercio.

Regina pensó que pronto adquiriría el nuevo tomo para completar la colección de novelas de Jorge Medina.

Dijo éste:

—Esta última novela lindará un período en mi profesión de escritor. Si sigo escribiendo tendré forzosamente que inmiscuir a un segundo en mi trabajo, y esto me causa desaliento. Estaba tan acostumbrado a verter las ideas en las cuartillas con mi propia pluma, que no sé si podré acostumbrarme a dictar. Además, tendré que reglamentar las horas, y las hay que mi espíritu es rebelde a la sujeción. Mis mejores novelas me han sido inspiradas en momentos verdaderamente absurdos, y las he ido desarrollando y escribiendo durante cualquier hora del día.

—No me parece a mí lo que usted viene a suponer. Su inspiración se ajustaba a su vivir agitado y a esto se debe seguramente el nerviosismo que influye a sus obras, excepto la primera, y que es lo único en que ha podido cebarse la crítica. ¿Por qué no ha de creer usted que sus obras alcancen la máxima perfección al amoldarse a una vida de orden? Haga los esfuerzos necesarios para ello.

Mientras Regina hablaba, Jorge habíase ido inclinando hacia donde sonaba la voz. Notábasele sorprendido. Al fin dijo:

—Pero usted, señora, ha hecho un completo estudio de mis obras, pues.

—No había tenido ocasión de decirle que las admiro y que, como muchos, las considero entre las buenas

obras de moderna literatura. Sólo que creo que podrían estar, si usted quisiera, entre las mejores.

Jorge fué a hablar, pero calló, sonrió y al fin dijo:

—Ahora soy yo el obligado a darle las gracias. Ha sido usted un juez muy suave. ¡Cuánto voy a sentir ponerme bien del todo!

—¿Por qué?

—Porque ya no tendré quién me hable tan francamente y me estimule llamándome hombre de poca voluntad como usted lo ha dicho hace poco.

—¡Oh, no! Yo no he querido decir tal cosa—exclamó Regina riendo al ver el gesto con que acompañó el joven sus palabras.

Pero al desgranarse la risa de la joven, Jorge hizo un movimiento de honda sorpresa y Regina pudo ver que había palidecido.

—Esa risa...—exclamó.

Regina inmutóse y retrocedió un paso como si Jorge la hubiese acabado de reconocer. Rehízose al instante y dijo:

—¿Qué le pasa a usted, señor Medina?

—Su risa, señora... Es raro; también se parece su voz. Ahora me doy cuenta—murmuró.

Y pareció que de pronto una sospecha atravesara por su mente, pues se llevó con rápido ademán la mano a la frente como queriendo arrancarse la venda.

Regina precipitóse hacia él.

—¿Qué hace usted?—exclamó deteniendo el brazo y cogiendo la mano entre las suyas.

Forcejeó un momento Jorge, pero cedió a la presión de las manos que aprisionaban la suya y pareció reflexionar. Al cabo de un momento una amarga sonrisa dibujóse en sus labios y dijo disculpándose:

—Perdóneme, señora; me creará usted loco, pero es que su risa ha levantado en mi mente un mundo de recuerdos demasiado dolorosos.

—Mucho lo deben ser cuando una risa tiene poder para rememorarlos—insinuó Regina, aprovechando hábilmente aquel momento confidencial con el corazón palpitante.

—Hasta me ha pasado por la mente, rápido como una centella, el pensamiento de que usted fuese la

mujer que como usted reía y que un día amé. ¡Qué locuras nos asaltan a veces!

Regina llevóse las manos al pecho para contener una inexplicable angustia que se apoderaba de ella. La voz de Jorge habíase dulcificado al referirse a la mujer a la que sólo debía desventuras. ¿Cómo amaba aquel hombre?

Continuó Jorge, que creyó que el silencio de la dama se debía a que prestaba atención y seguía escuchando:

—Sólo el que ha levantado sobre todas las cosas el pedestal del ídolo amado, haciendo de él una vocación sin transiciones, queda amargado para siempre y destruida la creencia cuando el ídolo se derrumba y arrastra consigo en la caída la fe del creyente. Y es difícil volverse a remontar después del golpe moral, y mortal, porque ahora siento el alma muerta.

—¡Oh, no, no!—pudo sólo articular Regina con voz oprimida, que Jorge, absorto en su casi monólogo, no notó, si bien se dió cuenta que su interlocutora negaba su tesis.

—Créalo usted, señora. Sí, es verdad que mi espíritu no ha permanecido inactivo, pero su energía es galvanizada; no es la genuina fuerza del alma la que ahora me impele, la que me sostiene. No; su sensibilidad femenina hará que me comprenda fácilmente si le digo que vivo sin vivir.

Una extraña sonrisa desfiguró sus labios y añadió:

—Ahora podré decir que muero sin morir.

Regina llevóse las manos a la boca para acallar los sollozos que pugnaban por salir de su garganta apretada y consiguiólo a duras penas al sentir el dolor que sus finas uñas le producían al clavarse en la carne en el paroxismo de la lucha.

—Usted me creará un cobarde—siguió Jorge dando una interpretación al silencio de la joven,—pero es que ignorará sin duda el valor, la resignación que se necesita para llevar en el alma el peso de un desengaño como el mío. Hay quienes llevan un ideal en sí, digamos una inclinación amorosa, que aplican a cualquier persona, y éstos no sufrirán el desengaño que mata moralmente, por su factibilidad de aplicarla en otra persona si sufren desilusión en la anterior. Pero los hay que el ideal les es comunicado por otro ser, que se con-

vierte por esta facultad en ídolo del idealizado; y se cree y se espera sólo en él como el creyente espera y cree confiada y únicamente en Dios. ¿Cree usted que al ver que el ídolo de la religión de nuestra alma lo tiene de barro, no ha de causar la espantosa decepción que se apoderaría del devoto creyente si viera que su dios creído perfecto es un dios de falsedad?

—¿Vió usted?

La pregunta había salido vibrante de labios de Regina. El alma atormentada de la joven se rebelaba ante la dureza de expresión de Jorge.

—¿Si vi? Vi tanto en lo poco que supe, que al alejarme para siempre de ella no quise saber a quién... otorgaba lo que me había prometido a mí. No quise saber el nombre del hombre a quien se entregaba, ni jamás lo he sabido; pues si alguien de los pocos con quienes sostuve correspondencia intentaron decírmelo, rompí la carta antes de llegar al nombre; mas no pude evitar de saber que ostentaba un título. ¿Fué un insospechado afán de grandezas, un resurgimiento de escondida frivolidad, de lo que yo la creí incólume? Era yo entonces un oscuro escritorzuelo y no podía ofrecerle nada, sino un *flirt*. Nunca he podido ni querido odiarla. Me enseñó a amar al enamorarme, y aunque no correspondió a tan bella inspiración, sigo enamorado, ya que no de ella, del sentimiento que despertó en mí y que no ha podido revivir otra mujer.

—¿Sólo vió eso en lo poco que supo? ¿Fué ésta la única interpretación que dió usted al proceder de la mujer que acusa?

Regina habíase levantado y acercado al lecho y contemplaba a Jorge con cierta tristeza. Este levantó la cabeza como si quisiera mirar a su interlocutora.

—Permítame que le diga—continuó la joven—que su pensamiento fué harto mezquino si se tiene en cuenta la grandeza de alma de quien lo emitió.

Jorge hizo un gesto entre extrañeza y protesta.

—Déjeme hablar—siguió Regina.—Usted, desde la cumbre de su idealidad, juzgó severamente, ¿quién no le dice que con injusticia?—la joven atajó otro gesto,—por no querer haber oído y visto más sobre el proceder de una mujer de cuyos sentimientos se creía usted dueño, y lo era seguramente, pero ignoraba usted en su

felicidad que la vida impone accidentalmente y sin compasión a algunos seres dolorosos renunciamientos; y entonces se es capaz, en medio de la tortura sin nombre, de negar la felicidad al ser por el cual se daría sin vacilar la vida. ¿Cree usted que la vida le sonríe a esta mujer?

Jorge escuchaba asombrado y con creciente agitación.

—¿Por qué me habla usted así, señora? ¿Qué seguridad es la que emana de sus palabras sobre lo que ha dicho? ¿Por qué ha hablado como lo ha hecho? ¡Oh, dígamelo!—imploró.

Y Jorge extendió los brazos buscando a la dama, cuyo silencio le hundía en un caos, y en uno de sus intentos tropezóla. Habíala cogido por un codo y siguiendo la extensión del brazo llegó a las manos, con las que la dama se tapaba el rostro. Lloraba.

Al notarlo sintió Jorge una sacudida y soltó la mano que tenía cogida. La luz habíase hecho en su cerebro; y echándose de bruces sobre la almohada, ahogó contra ella el grito de «Regina» que se escapaba de sus labios y tapóse los oídos con los brazos no queriendo oír el llanto de mujer que cerca de él se desgranaba en sollozos.

Los dos permanecieron largo rato absortos en sí mismos lleno el pensamiento del otro.

Regina sufría lo indecible y esperaba temblando que Jorge hablara. ¿Habíase precipitado y malogrado su intento?

Jorge no podía coordinar sus ideas. Ella, cuidándola; ella, a su lado, animándole y rodeándole de delicadezas que ahora comprendía. ¿De mujer enamorada? No, de atormentada por los remordimientos.

El silencio se hizo intolerable. Jorge incorporóse y se reclinó en la cabecera. Si en aquel momento hubiese podido ver la mirada de infinita ternura con que le contemplaban los ojos de Regina, hubiera desaparecido la palidez de su rostro y sus labios se hubieran negado a modular crueles palabras.

—Es ésta ocasión para repetirle que nunca podré agradecer lo bastante a la dama de la Cruz Roja sus bondades para conmigo; pero era preferible que siempre hubiese yo ignorado quién se recataba tras el albo velo de la que me ha asistido; porque el saberlo es lo único

de que no podré estar jamás agradecido. Ha puesto usted un nuevo pesar en mi vida, señora.

La mala pasión se apoderaba de Jorge. Se sentía humillado por su invalidez delante de la mujer cuya sola presencia había hecho vibrar las fibras que creía muertas, y al mismo tiempo recordaba con disgusto sus confidencias. ¡A ella, precisamente!

El alma sutil de mujer adivinó la tempestad que se cernía tras la venda que cubría la frente de Jorge, y humilde y enamorada arrodillóse, contemplando con dulce expresión el hosco aspecto del joven; y siempre mujer, posó sus labios en la única mano del herido.

Pareció que un hierro candente hubiese sido aplicado en lugar del raso de los labios, pues Jorge retiró la mano lanzando un grito.

—¿Qué hace usted? —exclamó después con voz insegura.

—Nunca pude dejar de quererte; te quiero como te quise siempre, Jorge. Intenté olvidarte porque era para mí un suplicio partir mis pensamientos hacia ti, que no eras mi marido, y someter mi materialidad al hombre a quien estaba unida por la ley, y al que no amaba. Pero fué imposible; las leyes fueron hechas sin consultar las almas y la ley de mi alma eras tú, aunque los prejuicios creados me atormentaban al convertirme en perjuradora por la ley de los hombres. La razón quería ahuyentar tu continua presencia espiritual, pero el alma la retenía—dijo la honradísima.

Jorge estaba desconcertado. Su corazón le decía que aquella mujer no había faltado a sus promesas por propia voluntad; que la severa para sí misma era incapaz de haber cedido a un afán reprochable. Sus palabras eran diáfanas. ¿Cómo pudo pensar él...?

Pero, ¿había prevaricado el alma de la excelsa? ¿Por qué le confesaba que le amaba, estando unida a otro hombre de por vida?

Y el alma nobilísima de Jorge, cautivada por la de la mujer, experimentó desazón ante este pensamiento.

—Jorge, di: ¿crees haberme olvidado?

—Lo que puedo responder, creo haberlo dicho ya—dijo mansamente el joven rehuyendo la tentación.

—¡Oh, Jorge! No sé qué esperar de tus palabras.

Has dicho que no habías podido ni querido odiarme. ¿Pues...?

—He dicho más que esto.

—¿Que, aunque enamorado del símbolo, olvidaste a la mujer?

—Sí.

—¿No podrás volverla a amar?

—No—contestó Jorge inclinando la cabeza.

Regina vió el movimiento de crispatura al coger el joven la ropa de la cama y quedósele mirando como si quisiera penetrar a través de la venda, y exclamó ardentemente:

—¡Si yo pudiera ver tus ojos! ¿Por qué desde que me has reconocido me hablas impersonal, Jorge? Pero, Dios mío, ¡qué tonta soy!—exclamó con acento de suprema felicidad que hizo levantar la cabeza a Jorge y esperar inconscientemente un algo que le diera la clave de lo que no acertaba a comprender bien y siguiera al grito gozoso:—¡Yo soy li...!

Pero la palabra quedó truncada por la mano de la joven. Rápido habíasele acudido a su imaginación femenina que Jorge estaba acostumbrado al sufrimiento, pero no a la felicidad. Había leído claramente en el alma del rebelde, y temió las consecuencias de la revelación. Pero por algo se duda de que la felicidad mate.

La palabra había sido evitada, pero el sentido fué comprendido. ¿Qué indicaba sino el gesto de estupefacción y la ardiente reacción que siguió a la deliciosa sorpresa?

¡Pena, qué rápida huyes cuando te desbanca la dicha!

—¿Viuda?—preguntó Jorge con una expresión que conmovió dulcemente a Regina triunfante.

—Casi hace dos años—respondió la joven seriamente, recordando sin hostilidad la poco grata memoria del finado.

—¡Oh, Regina! ¡Regina mía!—musitó Jorge felicísimo, con voz conmovida.—Acércate—imploró extendiendo los brazos.

Pero al contacto de la joven, los dejó caer con abatimiento. Al buscar instintiva y anhelosamente las manos de Regina, habíase dado cuenta de que de las suyas sólo una podía obedecer su pensamiento, y por coor-

dinación de ideas acordóse del fantasma de la ceguera, quedando aterrado.

Regina, como si no se hubiese dado cuenta del movimiento de Jorge, se aproximó aun más, sentándose cerca del herido como el día de la operación; y así, casi tocándose las cabezas, murmuró suavemente y como quien expone de viva voz un ensueño:

—Cuando supe que habías caído herido y que podías ser trasladado, solicité por mediación del doctor que dirige este pequeño hospital, que tú formarías parte de la expedición que esperábamos de heridos y enfermos. Y creí firmemente que el destino, la Providencia—rectifico—me ofrecía una ocasión para que, si era posible por tu parte, volvieran a enlazarse nuestras almas, y hablar contigo como yo deseaba hacerlo, y eso que no sospechaba todo lo que me atribuías—dijo en tono de dulce reconvencción, que arrancó un «perdóname» a Jorge.—Hace dos años—siguió la joven—que me sostenía en mi soledad de hondos afectos, la esperanza de que llegara el día en que pudiese hallar un refugio en tu alma. Han sido dos años de martirio, temiendo continuamente por tu vida que se había convertido en eje de la mía.

«Pasado el tiempo reglamentario de mi viudez, tenía la intención de hacer un llamamiento a ti. Pero, no sé, tenía hacértelo por la manera que comprendía hufas de mí y por los deberes militares que te retenían, y entorpecía mis deseos de poder hablar contigo la inoportunidad de ocasión y lugar.»

Jorge escuchaba hechizado la armoniosa voz de Regina, que tenía el poder de alejar de su mente los malos y crueles pensamientos que le habían asaltado últimamente. Su mano prisionera, por cierto que muy gustosamente, de las de la joven, devolvía los tiernos apretones con que la enamorada dama acompañaba la relación.

—He sufrido mucho, Jorge, y sólo tenía poder para calmar mi pena y enjugar mis lágrimas la esperanza de que llegase el día en que me acompañare y sostuviera, alegrando y colmando mi vida, que entró por la puerta del dolor, el hombre que mi corazón eligió por único dueño. Ahora soy feliz.

Y Jorge sintió en el dorso de la mano la suavidad

de terciopelo de la mejilla de la joven, contra la cual la sostenían las dos de Regina.

Jorge permaneció callado e inmóvil, vencido por la ternura, confianza y fe de la enamorada; sintiendo renacer en su alma, ha poco tan abatida, insospechadas energías que convertían en titán al pobre inválido, y como reverberada por luz divina, vio claramente que su alma era fortaleza en que podría hallar defensa y amparo la mujer que tan ciegamente se le confiaba.

Y si quedaba ciego, los ojos de ella serían la luz de los suyos, y el protector se sentiría también protegido sabiendo que habría unos ojos leales que mirarían por él como los suyos propios.

Y su alma volvió a remontarse henchida de felicidad, estremecida de gozo y desbordóse en palabras fervientes de anhelos adormecidos, que despertaban pujantes y que escuchaba sumida en éxtasis el alma gemela de Jorge.

A fuera, el sol riguroso extendía la protección de sus rayos y vivificaba la floresta, en cuya umbría se perseguían audaces los pájaros exponiendo con armoniosas notas sus ansias de vida. Y uniéndose los rumores de la naturaleza llegaban en confuso murmullo hasta la pareja feliz, arrullándola.

IV

Era el día señalado por el médico para serle quitada la venda al herido.

La importancia del acontecimiento no sólo se notaba en la habitación del herido, sino que atravesando la frontera de la puerta habíase divulgado. Sabíase que en el curso de aquel día la bondadosa dueña de aquella mansión debía recibir la connotación de una pena o una alegría, y de todos los corazones allí presentes alzabase un ardiente anhelo de que la dama sintiera resbalar por su lado, sin tocarla, la desgracia y que su poderosa enemiga diese de lleno en su corazón.

Habían transcurrido los días, desde la fecha en que

Jorge descubriera en la dama de la Cruz Roja a su inolvidable Regina, entre sonrisas, remembranzas y planes para el porvenir. Pero en la noche anterior al día de la prueba, al despedirse Regina de Jorge, sus manos habían quedado fuertemente enlazadas por respectivos y callados temores.

La joven, por temor a que un día llegara a desesperar por ella misma el impulsivo Jorge. El, por miedo a hacerla desgraciada y no saber cuidar en su invalidez la joya preciada que se le había ofrecido. Y repentinamente, a ambos se les hincó en el corazón la espina de una angustia. Pues a veces el motivo de una incompleta felicidad es sólo una idea; el pensamiento de lo que podría matarla.

Y Jorge y Regina, si bien eran almas extraordinarias, no dejaban de ser muy humanas.

El tiempo, impasible para las esperanzas o temores de los mortales, transcurrió ordinariamente excepto para dos seres.

La aurora sorprendió a Regina con los ojos aun húmedos. Pero el día, radiante, le infundió ánimos en su espíritu abatido.

Jorge contó las interminables horas de aquella noche que podía convertirse en perpetua para sus ojos, hasta que la luz de aquel nuevo día, que quizá hiriera sus pupilas deslumbrándole, acarició su cabeza tan llena de encontrados pensamientos.

Penetró Regina en la habitación de Jorge, hallando ya en ella a su anciano amigo. Al entrar en ella, retiróse la enfermera, pues por expreso deseo de Jorge, no quiso que personas extrañas a su intimidad fuesen testigos del resultado de la prueba.

La luz de la habitación fué moderada y el vendaje empezó a caer.

Regina estacionóse al pie de la cama, de espaldas a la luz, y sus ojos seguían automáticamente los movimientos de la venda, que caía vuelta por vuelta. Palpitaba su corazón tan pausada y fuertemente, que sentía dolor en él.

Cuando ante los ojos de Jorge quedaba solamente el algodón sostenido por la mano del médico, la joven sintió la imperiosa necesidad de cerrar los ojos, desmayando inexplicablemente.

Y pálida, convulsa, esperaba oír un grito de triunfo o un gemido de dolor, y al no oírlo durante una eternidad, que no habían dejado de ser segundos, abrió aterrada los ojos, inquirendo la causa, cuando la mano del médico se apartaba del rostro de Jorge, llevándose consigo el algodón.

Y la frente del joven quedó despejada y sus ojos, en los que cuatro ardientes pupilas estaban clavadas, abriéronse lentamente mientras huía la sangre del rostro de Jorge, que se sentía enmudecido por la emoción de distinguir los objetos que se presentaban a su vista conforme ibanlos abarcando sus ojos: el cubrecamas, sus rameadas y colores, los pies de la cama, en donde se sostenía una figura de mujer: ¡Regina!

El grito había salido trémulo, emocionando a la pobre mujer que acababa de pasar unos instantes como difícilmente volverían a presentársele en la vida, y que ahora parecía hechizada por la mirada de aquellos inteligentes ojos que ya podían expresarse.

Y era de suponer de su exquisita sensibilidad femenina el desmadejamiento que sufriría su energía corporal; que en la mujer, basta un toque a su sensibilidad vibrante para que adquiriera la fortaleza tanto moral como corporalmente invencible, patrimonio de ella en los grandes momentos; si bien luego, también la intensidad de sus desfallecimientos son inexplicables.

El médico, ¡la conocía tanto!, en cuanto se tranquilizó sobre el feliz resultado de su operación, concentró su atención en la joven. Así fué que cuando las rodillas de Regina se doblaron, halló un inmediato apoyo que la condujo con suavidad junto al extático enamorado. Y desapareció con insospechada agilidad antes no estallara el primer sollozo, que quedó ahogado en el pecho de Jorge.

Sólo los que sus almas han sufrido grandes crisis de afecto pueden comprender la infinita ternura de aquel mudo abrazo.

Para Jorge y Regina había desaparecido el mundo exterior, y olvidándose de hablar, escuchaban absortos el lenguaje de sus almas.

Pero por más abstraídos en sí que estuvieran, sus facultades despertaban y fueron dándose cuenta de unos sordecadores gritos que sonaban en las inmediatas

salas, y oyeron unos vivos entusiastas que fueron creados por una popular canción que los del Tercio casi hicieron himno.

Era la demostración de afecto de los bravos soldados y legionarios, que así exponían su satisfacción de saber a un compañero libre del horror que le acechaba y de ver premiada la ternura de la «Madona», la abnegada dama de la Cruz Roja, a la que todos debían algo de su solicitud.

Miráronse los ojos ávidos, y los de Jorge recreáronse en la maravillosa belleza de Regina, en cuyo rostro, desde que Jorge la dejara casi niña y la hallara mujer, vio estampadas todas las cualidades de la que lo es en su integridad.

La hallaba mucho más bella. Le extasiaba la pureza de su expresión, y por sus venas corrió un delicioso fuego—la Naturaleza impone sus fueros a despecho de espiritualidades, y pueden considerarse plenamente dichosos los que saben amalgamar ambos sentimientos—al fijarse en la bien formada boca de rojos labios, que ya no tenían el sello de incompreensión de la mocedad, pero sí otro encanto. Y lo que le hechizaba hasta enajenarle era la mansedumbre de aquellos ojos bellísimos, de extrañas irisaciones y cuyo fondo de misterio le hizo estremecer al no poder pasar de allí. ¿Pero qué podía haber sino el alma de ella? Y ya la conocía y poseía.

—Tú, tú—repetía, sintiéndola más suya al sostenerle la mirada.—¿Es posible, Dios mío?

—Sí, yo—murmuró la joven con embeleso,—tu Regina.

—¡Oh, sí, mi reina, y mi esposa y mi vida!—exclamó Jorge rehuyendo la tentación de hacer suyos los labios de la joven, depositando el beso que no podía contener en... la cruz carmesí de su frente.

Y hundió el rostro en las palmas de ella cubriéndolas de besos, que la agradecida pagó depositando a su vez un ósculo en la sien de Jorge.

Los alegres gritos que una sola vez rompieran el silencio de aquella mansión, desde tan largos meses que sólo desfilaba por ella el dolor, habíanse ido templando y renacía la mesura en sus habitantes, que ahora ibanse reponiendo de las heridas y enfermedades, y cuya completa satisfacción había sido truncada por el drama que

adivinaron en dos corazones. Y descartado el pesar que la simpatía y gratitud les hacía sentir, también hubo felicidad para ellos en la íntima satisfacción de ver cumplidos sus anhelos; pues es feliz el humano cuando, despojándose del egoísmo, toma parte en las alegrías de sus semejantes.

Cuando pasado un buen rato, que pareció fugaz a ambos jóvenes, volvió el médico, Regina precipitose a su cuello y besóle enternecida, murmurando palabras de agradecimiento.

Preguntó Jorge:

—¿Me podré ya levantar, doctor?

—Cuando usted quiera—contestó éste, que tenía cogida a Regina por la cintura.

—¿Estaré pronto completamente curado?

—Dentro unos días.

—Así...—y los ojos terminaron la frase clavándose en Regina.

—Así, dentro de dos meses me sentiré dichoso si me aceptan por padrino de boda, ¿no?—dijo, y sonrió el buen anciano paternalmente al sentir que Regina se estremecía ante este anuncio y ver que enrojecía.

Y pensó que Jorge podía considerarse resarcido de las primeras nupcias de Regina al obtener la virginidad del alma de la joven, que nadie había podido usurparle al no poder hacer de ella cosa de mercancía y ser intransferible sin propia voluntad.

A las escritoras españolas e hispano-americanas

La Dirección de LA NOVELA FEMENINA hace un llamamiento a todas las escritoras españolas e hispano-americanas para que presten su apoyo a esta Revista.

En sus páginas caben todas las firmas, lo mismo consagradas por la fama que las noveles e inéditas.

Leeremos cuantos originales se nos envíen, publicándose aquellos que, a juicio de la Dirección, lo merezcan. Aceptamos gustosos correspondencia particular, acerca de cuantas dudas puedan tener nuestras colaboradoras, y devolveremos los originales que no se publiquen.

LA NOVELA FEMENINA es un postulado al que no puede negar apoyo ninguna escritora de habla castellana.

Correspondencia

Gil.-Gibraltar.—Sus cartas sueltas, aunque bien escritas, no tienen cabida en nuestra publicación. Mande alguna novelita corta de dimensiones, adecuada a las que comúnmente publica *La Novela Femenina*.

Isabel Reyna.-Barcelona.—Su novelita nos gusta mucho. Lástima que sea tan corta. Calcule de cincuenta a sesenta cuartillas manuscritas.

L. R.-Madrid.—Aceptado el original. Aguarda turno.

Luisa Ossorio.-Valencia.—Recíbida su novela. La leeremos con gusto y le daremos nuestra opinión sincera, que esperamos sea favorable.

Toda la correspondencia y originales a

PUBLICACIONES MUNDIAL
APARTADO 925 **BARCELONA**